

LA CEGUA Y OTROS SUTILES AUGURIOS

Carlos Morales Morales

Filósofo
Costa Rica

En esta ponencia se entiende por humanismo algo poco ortodoxo: el esfuerzo, a menudo intensamente combativo y desgarrante desde el punto de vista existencial, que realizan los hombres y mujeres en una cultura determinada de un pueblo concreto, con el fin de alcanzar un vivir en cuyo fundamento relampaguee, a veces, el mundo de la libertad. No se crea, sin embargo, que ahora voy a exponer las bases metafísicas del humanismo actual. Todo lo contrario. En este breve estudio me propongo mostrar cómo la mujer colonial y contemporánea costarricense han luchado contra esa Metafísica y lógica de la sociedad occidental.

Claro es que este ataque a la Metafísica y a su ordenamiento lógico de la vida realizado por estas mujeres -y curiosamente no por sus filósofos, no es nada nuevo en la historia de la cultura de Occidente ni en la de su pensamiento filosófico. Kant, Marx, Nietzsche y Heidegger ya tienen esa orientación. Algunas de las mujeres contemporáneas que citamos tienen conocimiento de la filosofía clásica alemana de Marx; no así de la doctrina de Nietzsche y, menos aún del planeamiento sobre el arte y la técnica de Heidegger.

Pues bien, en lo que sigue tomamos, como punto de partida un problema cardinal de la cultura costarricense y centroamericana: el caso de la falta de autenticidad que vive la mujer actual de estas «repúblicas bananeras y cafetaleras», como gustan decirnos los amos de la lógica económico-política cuya moda es identificarla con el neoliberal término de globalización.

Claro es que la miseria ontológica en la que vive la mujer de estos pueblos no representa, para los economistas de los imperios y sus intelectuales, un problema de primera magnitud. Pero lo es porque estas mujeres, además de exigir reconocimiento a su derecho de vivir con plenitud todas las potencialidades humanas, generan un tipo

de lucha que golpea, en profundidad, las bases metafísicas que sostienen el poder socio-político en Occidente. Y en algunos casos, como veremos ahora, las costumbres tradicionales y religiosas que alimentan el orden mundial actual.

Entremos, pues, en materia. El objetivo es ver la forma en que lo femenino en estas naciones nuestras y desde sus propias condiciones históricas, logra percibir la libertad humana y, en ella, la relampagueante manifestación del ser.

En Costa Rica, la lucha por la humanidad de la mujer está dada desde las profundidades de la sociedad colonial hasta nuestros días. En la primera etapa la situación es más instintiva y simbólica que lúcida; en la segunda adquiere una forma socio-histórica de una intensa lucidez personal.

En la Colonia, cuando se revisan sus costumbres sociales y su planeamientos culturales, es imposible dejar de ver una mujer zoomórfica que la conciencia popular ha identificado con la Cegua. Pocos intelectuales y filósofos de este país han estudiado este fenómeno de la cultura. Los escasos que lo han hecho concluyen en que en esas manifestaciones de la cultura, muy tica por cierto, lo que hay es un problema moral relacionado con el castigo al hombre vicioso. En otros momentos se identifica la causa fundamental de la siguiente manera: «¿No tiene una enseñanza muy saludable esta fantasía? ¿Quién no ha sentido la seducción de la belleza con todos sus hechizos físicos, y nada más? ¿Quién en un momento no ha tomado el similor por oro?...» (1) En realidad aunque aquí hay ya una mayor penetración en el problema moral de nuestro personaje, se queda corto respecto a las profundidades éticas que contiene ese fragmento de la cultura.

Voy a sostener la tesis de que en la Cegua lo que hay es un problema ético *fundamental* que surge como consecuencia de un encarnizada lucha de la mujer en la colonia, por vencer el orden socio-religiosos que impone la iglesia, al comportamiento sexual de la mujer.

Antes de proseguir debo aclarar lo siguiente: en este estudio sobre las profundidades del ser -como también en las mayores honduras de los procesos naturales-, prevalece más el mundo inteligible que el de los sentidos y experimental.

Por ello es que el resultado del saber empírico es importante pero no suficiente para dilucidar estos asuntos. Inclusive el trabajo sobre la condición humana tiene tal grado de dificultad que es necesario volver la mirada hacia la obra poética de los artistas para poder ver con mayor certeza el origen y comportamiento esencial del fragmento cultural que se estudia. Por ello es que la filosofía moderna y contemporánea, a través de Hegel y Heidegger, han identificado al filosofar y a lo poético como las actividades más cercanas a la verdad del ser.

En el asunto que analizamos tomamos una obra de teatro **La Segua** (2), de Don Alberto Cañas, un excelente hombre de letras pero de calidades inversas en cuanto político. En este producto, elaborado a inicios de los setenta de este siglo, nuestro artista recrea el Cartago colonial «de mil setecientos y pico». Es una comunidad muy pobre y carente de alicientes. Además en esta ciudad, por esos tiempos, no se puede «probar fortuna con las armas, que no hay aquí contra quien, ni ha habido en algunos años». (Pág. 16) Por lo tanto, es un pueblo en el que la historia casi no deviene.

Y lo poco novedoso que acaece tiene una especial configuración: «Aquí en Cartago vivimos de manera distinta y quizás por eso vivimos tranquilos, sin otro temor que el de Dios». (Pág. 17).

Evidentemente ese Dios al que teme el habitante del Cartago colonial es el promovido por la iglesia católica. Llama la atención sin embargo, que ese temor se ve muy poco expresado, en la obra, por el comportamiento social masculino. No así en el correspondiente al femenino. Las mujeres, cuando algo altera la realidad cotidiana, se meten en la iglesia. Así lo hace ver al padre de Encarnación, don José Manuel Sancho, de su mujer Baltasara: «¡Esas mujeres! Con toda seguridad estará en la iglesia. Es un problema que usted ha de considerar muy bien antes de tomar estado. Aparece una imagen milagrosa y desaparecen inmediatamente las mujeres... Esta mía he calculado que enciende quince velas diarias». (Pág. 20)

Este pueblo centroamericano y colonial casi sin cambio histórico, sólo se altera cuando la novedad religiosa estremece la vida social y el temor a Dios. En consecuencia lo determinante de la práctica social de Cartago en ese período se encuentra en el orden propuesto y promovido por la iglesia católica. Orden especialmente sostenido sobre las perspectivas metafísicas de la escolástica. En consecuencia toda posible variación en el estilo de vida social, necesariamente, se ha de enfrentar a esos fundamentos y, también, a esa lógica eclesiástica de la vida en comunidad.

Como es sabido el radical combate histórico contra ese modo de vivir se da en Centroamérica, a partir de 1821, cuya afirmación definitiva se alcanza con la reforma liberal, al finalizar los últimos treinta años de ese mismo siglo.

Sin embargo, de acuerdo al fenómeno cultural recreado por Cañas, podemos decir que en el mismo corazón del sector femenino, duramente determinado por el poder social de la iglesia, germina la discordia, lo antitético, la rebeldía que empuja a un grupo de mujeres al desafío y al enfrentamiento con ese mundo santificado por la metafísica cristiana. Tres mujeres desde sus pasiones más humanas, desde su amor carnal por los hombres, se agitan incandescentemente por afirmar en el mundo lo prohibido, es decir, el rompimiento con el respeto a la fidelidad sexual. Si se sopesa con la tranquilidad de la objetividad, el insaciable deseo de sexo de Petronila Quesada, María Francisca Portuguesa y de Encarnación Sancho, «la niña más bella de Cartago», se tiene la impresión que, desde la misma intimidad de esos corazones el ser de la historia las empuja a romper la bendición religiosa de la fidelidad femenina, en la vida social del colectivo cartaginés.

Se podría pensar, inclusive, que esta afirmación de lo prohibido es simplemente producto del vicio. Tal vez se podría decir que María Francisca -bruja real que existió en Cartago de ese entonces- y de Petronila Quesada una bruja creada por la ficción literaria de don Alberto.

Sin embargo hay una diferencia entre estas y la verdadera Cegua Encarnación Sancho. Petronila posee a los hombres y conscientemente los embruja para retenerlos. Pero Encarnación se transforma al poseerlos y para deshacerse de ellos.

Además, la formación espiritual de esta se encuentra más íntimamente ligada a la Iglesia; efectivamente, la mujer más bella de Cartago en los años adolescentes «se

desesperaba por aprender bien la doctrina, porque la enseñaran a hacerse la trenza y porque la dejaran ordeñar las vacas». (Pág. 27).

Lo interesante del planteamiento de don Alberto es que en ese mismo corazón adolescente que se esfuerza para dominar correctamente la doctrina en el momento de desarrollarse como humanidad adulta, niega el respeto a la rutina y afirma, de manera semiconsciente, la contradicción a las normas dictadas en torno al comportamiento sexual. Por lo tanto, el desdoblamiento de la mujer en un ser brutalmente zoomórfico y sexual tiene otras causas que corresponden a una condición especial de la mujer. Inclusive la María Francisca Portuguesa lo percibe, al oponerse al criterio de que sea una consecuencia de una brujería. De esta manera esta vieja bruja considera que si la mujer se esfuerza por no caer en eso no lo será. Pero si «no se empeña se convertirá sin darse cuenta, será usted la segua, como yo soy la segua, y como todas las mujeres somos la segua». (Pág. 24)

Ahora bien, dirijámonos hasta el punto donde aparece la cegua. De estas mujeres la que no se esfuerza por impedirlo es Encarnación Sancho, la bella cartaguita colonial.

Esta damita, en cierto momento de su relación amorosa se siente impregnada de una poderosa fuerza de la naturaleza, «que es como viento de los bosques», la que se desdobla en un ser que busca constantemente el rompimiento de la regla puesta por la religión. Ella sabe perfectamente de esta transformación, porque ella confiesa ser la misma mujer que en una noche oscura, camino de San Rafael se le apareció a su amante el teniente José Corona bajo la forma de una linda y suplicante mujer que le pidió llevarla en la grupa de su yegua, porque estaba sola y perdida. Lo demás ya lo conocemos: el teniente la subió a su montura y al encender la carbura para mirar «a la moza con la luz, le vio la cara de caballo». (Pág. 11)

Hemos llegado hasta el fondo último que mueve la vida de esta mujer. Ya se hace muy difícil ver lo que mueve a este ser que choca contra el orden patriarcal escolástico. La causa está ahí en lo que el artista pone como elemento agitador de las pasiones, que es, metafóricamente la naturaleza misma.

Si a eso que Encarnación llama «un viento de los montes» lo representamos con base en la interpretación heideggeriana de la *Physis*, la cual, según el pensador alemán, es la más originaria manifestación del ser; y será en toda la vida como la fuerza fundamental que sostiene y hace crecer a todo lo que existe. (3)

Este viento de los montes -la *Physis* diría Heidegger- es el ser que incesantemente empuja a la condición femenina a enfrentarse con la escolástica colonial, a través del rompimiento de la exigencia de fidelidad hacia el hombre por parte de la Iglesia.

Pero este viento de los momentos tiene una configuración especial donde se observa ese incesante empuje del ser que recibe lo femenino recreado por el arte. Después de reconocer que ella es la Cegua, dice Encarnación que el teniente Corona «nunca miró a otra mujer hermosa que a mí... Amó mis trenzas, amó mis pies, amó mi cintura y mi cuello; y nunca mientras tuvo uso de razón, posó su mirada con intenciones en otros ojos que en los míos. La única vez que pasó sus manos por mis brazos yo me estremecí, pero fue de comprender que él era el más estremecido...» (Pág. 24)

Tenemos aquí el misterio de la Cegua. El viento de los montes que la empuja es realmente la necesidad de sentir la nueva redimensión de su corporalidad que deja en

ella el intenso erotismo con que le despiertan el cuerpo, las manos, los besos y el sexo del otro. Y, todavía, hay algo más en esta apertura del ser que vive Encarnación. Confiesa ella que todavía quiere a José Corona pero que lo abandona por ir de nuevo en búsqueda de la intuición de lo nuevo. «...la brujería que llevo, dice esta intensa mujer, levanta en mi ánimo el deseo de amar a Camilo. Yo tenía que ser fiel a José Corona, pero hay una fuerza... que me empuja hacia Camilo y a llegado el momento en que me estremezco cuando pienso que las manos de Camilo acarician mis brazos como todavía no lo han hecho...» (Pág. 25)

Esa última aspiración a la intuición de lo nuevo que trae el motivo amoroso es lo que se observa con bastante dificultad.

Hay algo más que se deja entrever en esa insaciable petición de la dama recreada por el arte de don Alberto Cañas. Es el deseo inconsciente de sacudirse la limitación de la regla. En las declaraciones de Encarnación se nota abiertamente esto lo que nos hace suponer que en la dinámica de su eros hay una petición de libertad. Debemos sin embargo suponer esta situación en la aspiración por la levedad de la insinuación que nos permita afirmarnos en esta sospecha.

No obstante, en ese deseo de renovar la dimensión de la corporalidad y en ese impulso por ir más allá de la norma de fidelidad se mueve, aunque no de manera lúcida, el impulso hacia la libertad que, según uno de nuestros grandes poetas latinoamericanos configuran la base esencial del amor sexual. Me refiero a Neruda y, en especial a su poema *Farewell*. Aquí levanta el amor del hombre de mar como prototipo de la esencia del amor. Dice el poeta que ama ese modelo de amar sin un compromiso definitivo que retenga al hombre por toda su vida. Se debe a que los marineros.

*«Dejan una promesa
no vuelven nunca más
En cada puerto una mujer espera
los marineros besan y se van».*

Por lo tanto, lo esencial del amor está en no comprometerse de manera definitiva. ¿Acaso no es lo mismo lo que le pasa a Encarnación cuando el viento de los montes la impulsa de los brazos de Corona a los de Camilo? Por lo que hemos visto es la misma necesidad particular del amor de afirmar constantemente la libertad. Ella, igual que el poeta, siente la misma necesidad de rebasar la promesa. Oigamos un poco más a Neruda para reafirmar esta exigencia de libertad que trae la condición fundamental del amor humano:

*«Amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz.
Amor que quiere libertarse
para volver a amar.
Amor divinizado que se acerca
Amor divinizado que se va.»*

Por lo tanto, lo que se ve con toda claridad ahora es que el «embujo» que domina a Encarnación Sancho no es otra cosa que la necesidad de yacer, aunque sea un instante, en lo indeterminado de la libertad. Y este reino de lo incondicionado, desde el más genuino filosofar, es reconocido como el mundo del ser.

Y lo que estremece la carne, los huesos y el alma de esta mujer es el presagio del ser que viene a través de la ardiente llama del amor renovado.

Pero de estas cuestiones filosóficas poco sabe Encarnación Sancho. Ella ha sido educada en la observancia escolástica de la doctrina, es decir, en la metafísica aristotélica y cristiana del respeto a las normas sociales.

Y, por supuesto, dentro de toda esa determinación, la exigencia de renuncia absoluta a los placeres de la carne y del ser del mundo portadores de lo monstruoso y demoníaco. Por querer vivir en ese mundo y en el disfrute de su libertad, la Iglesia, con su moralidad del anti-ser, la reduce a una existencia monstruosa de un zoologismo irracionalmente sexual.

Al llegar a este punto parece que no se puede decir más sobre este asunto. No obstante, a todo lo expuesto le falta algo para que la existencia de la cegua sea algo más que una simple obra de teatro. En otras palabras, que este personaje literario sea algo más que eso, es decir, que sea una realidad viva, humanamente concreta.

Considero que en nuestro tiempo hay material femenino suficiente para demostrar que esto es humanidad viva. Un pequeño ejemplo basta para ver su evidencia. Sostengo que este fenómeno está ahí presente en nuestros días. Algunas de sus mujeres lo atisban. Pero en especial algunas poetas lo expresan con toda claridad.

Aunque no estoy seguro si ellas están convencidas que están en lucha contra la metafísica. Veamos esto con algún detenimiento.

Hace pocos días, en el suplemento **Ancora** (4) del 13 de julio, a propósito de Eunice Odio, apareció una tertulia sostenida entre tres poetas y la académica Dra. Sonia Marta Mora. Entre otras conclusiones, la Dra. Mora y la poeta Lil Picado dicen que el arte de Eunice es de tal magnitud erótica que, en **Tránsito de Fuego**, se da el «gozo del descubrimiento del cuerpo. «Y es un disfrute «que no va separado del gozo del alma y del ser». Además una cosa importantísima, el goce de la integridad cuerpo-alma-ser conduce a Eunice y sus amigas hasta el autoconocimiento del yo. Y todo esto, según Sonia y Lil, hace que su arte descansa sobre «un erotismo básico». «Como esencializado».

Pero no sólo su creación de artista contiene este erotismo básico y esencializado. Su vida misma se sostiene y se despliega en esta condición fundante de la poética del eros. Así lo sugiere Alfonso Chase al afirmar que «Ellas hacían el amor a los hombres, los hombres no les hacían el amor.»

Por lo tanto, aunque no se quiera relacionar a estas mujeres con la dama más bella de Cartago, Encarnación Sancho, lo cierto es que ella está aquí, en el alma de esta mujeres concretas y contemporáneas. Pero, eso sí, más filosófica y rebelde, más lúcida y provocativa.

Tal es el parecido entre todas ellas que hasta se acercan Eunice y sus amigas a las fuerzas embrujadoras que hay en el mundo. Gerardo Morales nos da oportunidad de afirmar esto. Según este poeta, estas mujeres poéticas jefeadas por Eunice se

relacionan»... con el esoterismo y el ocultismo, corrientes subterráneas» Y si a esto le agregamos, además, las siguientes palabras de Alfonso Chase, concluimos que la identificación con la Cegua cartaga es imposible de negar. En efecto este poeta dice de esas mujeres reales: «Además de inteligentes y brujas, eran creadoras, qué época aquélla. Transgredieron tanto que fueron castigadas... Tuvieron una muerte espantosa.»

Eunice y sus amigas vivieron entre nosotros, en un ayer que todavía nos alcanza. Hace aproximadamente treinta y cinco años existían con base en la misma dinámica que movía a su poesía: un erotismo básico y esencializado que agitaba, en su cuerpo y su alma, lúcidas percepciones del ser.

Por lo tanto, considero que hemos podido demostrar lo que movía a ambos grupos de mujeres: una aspiración insaciable de libertad y, con ella, también de augurios del ser.

Para alcanzar esto, las mujeres mencionadas desafiaron y lucharon contra el orden socio-metafísico impuesto por Occidente, desde la misma raíz de sus orígenes.

Así las cosas, de todo ello, podemos sacar, como lección primordial que la lucha de la mujeres en Costa Rica, desde la Colonia hasta nuestros días, en su más hondo y sano sentido, consiste en derribar a un tipo de organización socio-lógica, para encontrar una ruta donde la libertad y su fundamento, el ser, fluya sin las reducciones antihumanas de la metafísica antigua y medieval. Por ello, la semiconsciente mujer cartaginesa y las lúcidas poetisas que presentan este enfrentamiento, exigen al humanismo, en Centroamérica y Latinoamérica, establecer una crítica radical a las bases del pensar que forjaron esta manera de vivir, en el cual la mujer ha de ser vista como un animal doméstico: siempre fiel a las cadenas socio-religiosas.

Claro es que esa labor es inmensa puesto que ha de comenzar por identificar cómo las primeras raíces de este modo de pensar y de vivir, denigrante para la existencia femenina, se encuentran ya lanzadas hasta en los inicios de la sociedad homérica. Ahí está Penélope, como primera manifestación del anti-ser femenino. En esa bella y triste mujer de Itaca se ven con toda claridad los eslabones que la amarran, de modo insuperable, al *destino* de Odiseo.

En fin, Encarnación Sancho y su descendencia piden más radicalidad a los filósofos de estos países respecto al tratamiento crítico de la metafísica platónico-aristotélico. Porque ahí en esos pilares de la filosofía mundial, por más de veinticinco siglos se ha declarado, como verdad absoluta la incapacidad humana de lo femenino.

Aristóteles, inclusive, cuando le otorga alguna importancia la declara como jefe del trabajo de la casa.

Por último, la lucha más importante que desata el desafío de todas estas mujeres centroamericanas consiste en: el cuestionamiento y rompimiento del orden religioso en la vida concreta. Es que el problema cardinal se origina en la manera de ver el origen de la creación humana. En especial por la condenatoria de Eva por su rebeldía, por no ser fiel a la palabra del Dios israelita. Es la parte más difícil de romper filosóficamente. Pero hay que hacerlo. Y pienso, para concluir, que se debe iniciar por rescatar el inmenso papel humanista que está presente en el desafío de Eva. Eso fue lo que nos permitió elevarnos a lo humano y, como ha dicho últimamente un filósofo costarricense, no continuar siendo mascotas de Jehová.

CITAS

1. Elías Zeledón. **Leyendas Costarricenses**. EUNA. Heredia. 1995. Pág. 20
2. La palabrase escribe de tres maneras: Segua, Cegua, Tzegua. Según Luis Ferrero las dos últimas son las aceptadas como correctas en sus escrituras. La edición que se cita de **La Segua** de Cañas es la sétima de EDUCA 1987.
3. Cf. Heidegger. **La doctrina de Platón sobre la verdad. El origen de la obra de arte. La pregunta por la técnica**.
4. Aurelia Dobles. «Eunice Odio, en frase libre». **Ancora, La Nación**. 13 de julio de 1997.

BIBLIOGRAFIA

- Cañas Alberto: **La Segua**. EDUCA, San José. 1987.
- Calvo Yadira: **Literatura, mujer y sexismo**. Editorial Costa Rica, San José. 1991.
- Duverrán Carlos: **Pablo Neruda**. MCJD, San José. 1997 (antología).
- Dobles Aurelia: «Eunice Odio en frase libre». **Ancora, La Nación**. 13 de julio de 1997.
- Hegel: **Estética**. Argentina, Siglo Veinte. 1983 (ocho volúmenes).
- Heidegger: **La doctrina de Platón sobre la verdad**.
- Heidegger: **El origen de la obra de arte**. Losada, Buenos Aires. 1960.
- Heidegger: «La pregunta por la técnica». **Revista de Filosofía**. Universidad de Chile. Vol. V., N° 1, 1958, Pp. 5-79.
- Marx: **Manuscrito económico-filosóficos**. Alianza, Madrid, 1era. edición.
- Zeledón Elías: **Leyendas Costarricenses**. EUNA, Heredia. 1995.